

IMAGINANDO CAMINOS PARA LA EMANCIPACIÓN SOCIAL.

Un Punto de Partida: La Reforma Universitaria.

Los estudiantes de la Universidad de Córdoba, jóvenes de un mundo convulsionado por guerras y revoluciones, entendieron que era tiempo de construir libertades para toda Latinoamérica y que esto sería imposible si quienes detentaban el “poder del conocimiento” seguían siendo los que defendían la idea de un “mundo para pocos”. El proyecto reformista implicó una nueva cultura para las Universidades, que fue la **democratización de los espacios del saber**; esto es, tanto en lo referido a la producción, tras una transformación del concepto de autoridad en el proceso de enseñanza aprendizaje, y en cuanto a su difusión mediante la búsqueda de incluir a los sectores populares, trabajadores y clases medias al mundo universitario.

Otro elemento innovador de este proceso, fue su **carácter federal**, y el haber tenido como protagonista a la **juventud** participando en su condición generacional. Esto es, quienes llevan adelante el hecho de la reforma y quienes construyen el movimiento reformista son jóvenes que actúan en y por su calidad de tales y no como brazos ejecutores de un proyecto diagramado por adultos. Es una juventud innovadora, que entiende su momento histórico y por tanto no espera su adultez para accionar. Vaivenes de su especial historia institucional, la Universidad cuenta con una Década de Oro (1955-66), en la cual tuvieron plena vigencia los principios reformistas.

Una Parada Drástica.

La re-estructuración del sistema mundial: del bienestar social, al malestar del mercado.

La humanidad vio nacer en la década del '70 la reconfiguración del sistema capitalista en su vertiente más excluyente y ultrajante de la condición humana: el neoliberalismo. Para la concreción del proyecto que implica esta teoría del mundo, necesitó –entre otras cosas- una refuncionalización del Estado. De este modo, el neoliberalismo implica el traspaso de cualquier responsabilidad que hubiera tenido la sociedad como colectivo, representada en el constructo social “Estado”, al individuo. Sintéticamente, y al decir de Lechner, esta transformación implicó que la política resignó en manos de la racionalidad de mercado la coordinación social.

La Tensión Local: el desmantelamiento del Estado -Nación.

Tras la dictadura iniciada en 1976, una profunda transformación política, social, económica y cultural marcó el surgimiento de un nuevo modelo de acumulación. Fueron necesarios el terror, las torturas y la desaparición forzada de miles de argentinos para, destruyendo las conquistas populares y la expresión política del pueblo organizado, instaurar un modelo regresivo, concentrador de la riqueza, generador de desempleo, pobreza y angustia generalizada.

Más tarde se produjo un proceso de recuperación democrática llevado adelante bajo una nueva realidad: fragmentación social, retracción del Estado y desarrollo hegemónico de las relaciones mercantiles en la organización de la vida material y cultural del pueblo argentino. Esta batalla cultural ganada por el neoliberalismo trajo una verdadera furia antiestatista, cuyos resultados aún los argentinos estamos padeciendo, y una profunda desigualdad económica y social que consolidó las bases de una intensa concentración del poder político en grupos empresariales, terratenientes, financieros y burócratas ligados al Estado o al mundo sindical.

La principal expresión político-partidaria de este proceso fue el Menemismo: el más eficiente detractor de las conquistas logradas en el campo popular. En este proyecto el Estado era un mal necesario que debía adecuarse al modelo económico bajo el imperio del mercado y la globalización. El brutal desmantelamiento del Estado, que

se dio en esos años en Argentina, sólo fue posible por la eficaz campaña de deslegitimación y la disfuncionalidad e incapacidad del viejo Estado criollo para responder a los dilemas de la modernización. Bajo el paradigma del Consenso de Washington, las tecnocracias de las instituciones financieras internacionales impusieron la necesidad de avanzar en la reformulación del Estado en "la segunda ola de reformas estructurales", luego de una primera de reformas económicas. Las consecuencias de este proceso de reforma estatal fueron dramáticas, en lo social, lo político, lo económico y lo cultural.

Esta nueva realidad constituye el escenario de nuestros tiempos. Dos procesos se consagraron conjuntamente al compás de las transformaciones del Estado -Nación: **La concentración del poder económico y una desintegración de las relaciones sociales previas al golpe de 1976**. Desde esta fecha una burocracia inescrupulosa, que renovándose, controló el Estado y sentó las bases de sólidas alianzas de fracciones de clase al interior de los sectores dominantes, fue la responsable de llevar adelante estos procesos.

Luego de la crisis del 2001, la visión destructora del Estado ha perdido relevancia en el discurso político, en una reorientación más general de la política latinoamericana.

Sin embargo al día de hoy, no se han logrado superar las contradicciones internas más profundas instauradas por el neoliberalismo, como la pobreza, la indigencia y la desigualdad a pesar de las altas tasas de crecimiento económico.

En el marco de un Estado debilitado que no puede ponerle un freno al mercado, el gobierno, en vez de generar instancias participativas de consenso en las cuales las mayorías nacionales logren acordar para el largo plazo un proyecto económico, político y social para una nación independiente, solidaria y soberana, se ha encargado de hacer exactamente lo contrario: **concentración del poder político y concentración del poder económico**.

La Educación que nos Duele: la década de los '90 en los 90 años.

En junio del '66, otro golpe puso a Onganía como presidente, que con algunas reservas, instauró medidas de corte neoliberal. Para ello la represión política fue una necesidad, lo que significó la intervención a las universidades y la "fuga de cerebros". Este *golpe* hizo retroceder no sólo a la Universidad sino al país en su conjunto. Sin embargo lo peor estaba por venir, tras el golpe de marzo del 76, la Universidad Argentina entró en la etapa de mayor degradación de toda su existencia, como la sociedad toda: saqueo del 40% del patrimonio de las bibliotecas públicas, recorte del 45% del presupuesto de educación y del 60% en investigación, la militarización del espacio educativo, y las listas negras. Listas que establecían que libros podían leerse, y que palabras no debían utilizarse (justicia social, asamblea, colectivo, liberación, etc.). La desaparición de 1.600 docentes, 6 mil estudiantes, y el cesanteo a 18 mil profesores. El cambio de planes y programas de estudio fue masivo, el análisis universal es reemplazado por una visión particularista y estanca. Por último, los estudiantes perdimos becas y comedores estudiantiles.

Esto sacudió el capital cultural de los argentinos. A modo de ejemplo: en 1976: se leían 3 a 4 libros por hab/año (4.500 a 5000 palabras); en 1982: se leía 1 libro por hab/año (1500 palabras); en 2006: se leía 0,2 libros por hab/año (300 a 600 palabras). ¿Qué le sucede a una sociedad que ha dejado de leer y que ha perdido en tan pocos años más de 3000 palabras? Deja de pensar por su cuenta, por que no podemos pensar sin palabras y no podemos tenerlas sin lecturas; y se pierde en cada una de ellas, un pedazo de libertad, de grandeza y de autodeterminación.

Restaurada la democracia en 1983, el gobierno interviene las Universidades Nacionales, y declara "*de aplicación los estatutos vigentes al 29 de julio de 1966...*".

Pero la realidad era diferente, el mundo venía cambiando, estábamos en pleno proceso de lo que algunos llaman el posmodernismo, la crisis de la modernidad o una nueva etapa dentro de ella, lo concreto es que venían teniendo lugar en el mundo profundas transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales en el marco del nuevo ordenamiento mundial, que multiplicarían la pobreza, el hambre y la marginación, y que convertirían el conocimiento en uno de los principales factores de producción de riqueza y exclusión social en forma simultánea. La década del 90 será el proceso de culminación iniciado en 1976 que habrá de consolidar: el neoliberalismo en lo económico, el egoísmo en lo social, el desinterés en lo político y la tinellización en lo cultural.

La Universidad no ha permanecido ajena a dichas transformaciones y se incorporó al salvaje modelo neoliberal que hizo de la educación superior universitaria en nuestro país una institución precaria, pauperizada y fragmentada que al decir de Marcela Mollis *“...ha alterado sus identidades asemejándolas al supermercado, donde el estudiante es cliente, los saberes una mercancía y el profesor una asalariado enseñante”*. Bajo la órbita de la LES, que puede aplicarse a una Universidad o a un supermercado, ya que, por debajo de voluntaristas expresiones académicas, se concreta en determinar el manejo de los recursos y los gastos, sumado al desfinanciamiento presupuestario configuraron la actualidad del sistema de educación superior argentino. La **autonomía** de los órganos de gobierno ha sido totalmente acotada a temas específicos y a una función economicista, así las líneas de pensamiento y acción son fijadas por las necesidades del mercado y los grandes grupos transnacionales. El **cogobierno** se ha vuelto similar a las alicaídas democracias formales, donde la participación estudiantil es casi testimonial, otorgando a los docentes la mayor representación relativa, poniendo en manos del 5% de la comunidad universitaria, la capacidad de decisión de la totalidad de los temas. Los **contenidos** de los planes de estudio han sufrido grandes transformaciones curriculares respondiendo a las exigencias de los organismos internacionales, en la búsqueda de profesionales no críticos, disciplinados, y que pretenden reducir la educación al sentido utilitarista de la formación profesional, situación que se torna aun peor cuando se pretende vincular la misma a las demandas del mercado. La **extensión**, entendida como la transmisión al tejido social de la producción del conocimiento, y el **compromiso social**, que implica el desarrollo de prácticas universitarias que contribuyan a la democratización social, han sido desplazadas por la venta de servicios a terceros que tienden a ser cada vez menos de investigación y desarrollo y más de consultoría y asistencia técnica. Los conceptos de **gratuidad y libre ingreso** también han sido vapuleados. A partir de los magros presupuestos y sus sub-ejecuciones, se ha abierto la puerta a los aranceles, apareciendo las cooperadoras obligatorias y los padrinazgos, como paliativos para cubrir las carencias financieras. El limitacionismo, ha regresado a través de los cupos y los exámenes de ingreso encubiertos. Es así como se va terminando de configurar una universidad reducida a la categoría de **“enseñadero”**, funcional, tecnocrática y políticamente al servicio de las clases dominantes.

De esta manera, y citando a un gran maestro de la juventud y de la reforma como lo fue Guillermo Estévez Boero: *“la educación ha dejado de ser la herramienta de promoción individual y de emancipación colectiva, resorte del desarrollo de la actividad económica y social, lugar privilegiado para el aprendizaje de la democracia y un instrumento para la comprensión de nuestra identidad cultural”*, para convertirse en una herramienta más del neoliberalismo conservador, necesarias para la reproducción de las injusticias sociales actuales que han sumido a nuestro pueblo en la pobreza y la marginación y a nuestro país en la dependencia política y económica.

Hacia la construcción de una nueva agenda socio-educativa.

Asistimos a una crisis de sentido de la acción social, siempre que en nuestros tiempos, la emancipación social, sin duda la promesa más fuerte y movilizadora que hubiera concebido la modernidad, no puede ser proyectada de modo palpable por casi ninguna persona. Ni la ciencia como productora de certezas, ni el derecho como garante de estabilidad, ni la política como constructora de alternativas pueden hoy proponer caminos que resulten convincentes en este sentido. Así y todo, en esta crisis de sentidos radica la nueva oportunidad histórica de nuestros pueblos para reubicarse en el camino de la emancipación (Santos; 2000).

De este modo, es posible rastrear –aún en la década más terrible de nuestro país como fuera la del '90– focos de resistencias locales. Debemos analizar muy bien esas experiencias porque son insumos invaluable en la construcción de un nuevo espacio público educativo. El principio del SXX se configuró a partir de la afinidad entre el saber y la democracia formal. Hoy debemos reconstituir esta afinidad, pero partiendo de la base de la diversidad social que la democracia participativa posibilita conjugar. Por ello mismo, los valores democráticos del sistema reformista deben ser entendidos en su dinamismo y por tanto, debe liberarse el potencial que ellos mismos implican: la democratización de toda forma de dominación.

Tanto en su estructura orgánica, como en sus contenidos y fines, **la Universidad debe ser pensada desde otro lugar**. La agenda para una Universidad del Siglo XXI, no puede partir de ideas homogeneizadoras que silencien la diversidad. La crisis de la propia ciencia moderna, es en gran medida producto de haber dado por tierra infinidad de saberes existentes al momento de su configuración y haber sufrido una cooptación por el sistema capitalista, quedando reducida a herramienta de dominación, perdiéndose así todo su potencial emancipador. La nueva Universidad Argentina debe contener todos los saberes posibles, así como reconocer todas las perspectivas de construcción y difusión de dichos saberes. Una Universidad de todos y todas no puede dejar por fuera a nadie. Si es que entendemos el proyecto reformista como libertario, no pueden nuestras instituciones ser herramientas de dominación y silencio de las poblaciones que constituyen el pueblo argentino. *“La historia de la cultura reformista es el testimonio de actores universitarios que se propusieron mejorar la calidad académica conjuntamente con un “ethos democrático”, y crearon un nuevo estilo institucional. Una posible respuesta a la crisis universitaria es reinventar la historia una vez más”* (Mollis; 1995), es **volver a ser protagonistas**.

Para ello es necesario reconstruir el movimiento estudiantil argentino, ya que el mismo se encuentra fraccionado, diezmado y con escasa gravitación en la vida política de nuestro país en general y de la Universidad en particular. Para tal fin es importante generar una revolución de la participación estudiantil, que llene de sangre las venas de nuestras organizaciones. Estamos absolutamente convencidos que ese salto cualitativo, debemos realizarla de abajo hacia arriba, desde cada uno de los cuerpos de delegados, cada uno de los centros de estudiantes, y cada una de las federaciones regionales, como así también desde la FUA, faro cultural de una gran cantidad de movimientos estudiantiles del mundo.

Diez años por delante: un desafío.

La juventud arremete contra el presente y le indaga hasta sus límites. Dicho límite es el futuro, hogar de la imaginación y la esperanza. A pocos años del centenario del Grito de Córdoba la imaginación y la esperanza son el desafío para una juventud inquieta y el faro de un trabajo diario y mancomunado para la construcción de una nueva alternativa. A pocos años del centenario reformista, nos vemos ante la necesidad de construir una alternativa de país y de Universidad a su servicio, que

nos permita superar las grandes contradicciones que históricamente flagelaron a nuestros pueblos. La pobreza, la inequidad, la exclusión y el estancamiento son los flagelos que nos movilizan, por ello convocamos al movimiento estudiantil en su conjunto a **ponerse de pie y elaborar una agenda** que, arraigada en las raíces nacionales y latinoamericanas, proyecte un futuro de grandeza para el conjunto, sobre la base de los siguientes puntos:

Para América Latina: Debemos profundizar la integración latinoamericana, para fortalecer a las poblaciones locales y el desarrollo de nuestros pueblos. Resulta ineludible fortalecer los espacios institucionales del Mercosur y ampliar la participación de la sociedad en sus órganos de gobierno. El desarrollo de instrumentos institucionales para romper la dependencia económica, financiera y tecnológica respecto de los países centrales es otro objetivo ineludible. La necesidad de organizar las fuerzas productivas latinoamericanas, el control de los recursos naturales y el trabajo de nuestros pueblos son elementos claves a tener en cuenta.

Para la Argentina: La necesidad de reconstruir el Estado Nacional, desecho por el neoliberalismo, debe hacerse sobre la base de la **democratización y descentralización** del mismo; ello requiere además fortalecer sus instituciones y regular su funcionamiento con absoluta transparencia. **Recomponer la importancia del parlamento**, la **creación de Consejos sociales, económicos y políticos**, nuevas leyes que regulen el federalismo tanto en lo fiscal como en lo político y la creación de instancias de participaciones directas y próximas a las necesidades de los ciudadanos son una necesidad imperiosa. Al mismo tiempo existe una cuenta pendiente ya de carácter histórico que es de absoluta relevancia, la **distribución de la riqueza**, en un país signado por la desigualdad, la pobreza y la exclusión, la distribución del producto social es una problemática de primer orden.

Para la Universidad: En la senda de la democratización del conocimiento, la **gratuidad y el libre ingreso** a la Universidad Pública constituyen un requisito primordial por el cual este proyecto debe bregar. La problemática del cogobierno requiere ser reformada. Reconstituir la **paridad docente - estudiantil** en los órganos de gobierno universitario es un desafío del movimiento estudiantil. La **autonomía y la función social** de la Universidad deben ser reformulados a fin de transformar los principios mercantilistas que organizan la educación universitaria desde la actual LES, evitando que los procesos de evaluación y por tanto la autonomía queden a merced de las disposiciones del mercado. La extensión universitaria no sólo debe materializarse en el aporte intelectual de la Universidad al pueblo argentino sino además en la capacidad de la Universidad de ser socialmente inclusiva. Para esto también se requiere de un fuerte compromiso de toda la Universidad Pública para generar fuertes **políticas de bienestar estudiantil** que aminoren las diferencias que en la sociedad se verifican y que permitan hacer de la educación superior un derecho y no un privilegio. Resulta necesario incorporar en el programa la creación de instituciones que permitan llevar adelante estos procesos. Por ello consideramos necesario la creación de **Consejos Sociales** que con amplia participación de los claustros y la sociedad puedan identificar las formas en que la universidad puede hacer frente a esta necesidad de vinculación y ampliación hacia el medio. En este sentido también hacia su interior es indispensable la creación de **instancias de participación directa y semidirecta** en la toma de decisiones relevantes para la comunidad universitaria, donde las necesidades se aproximen a la decisión para sus resoluciones. Asambleas ciudadanas, presupuestos participativos, mecanismos de consultas y referéndum, entre otras deben ser estudiadas para llevarse a la práctica.

En el marco de estas discusiones y con estos objetivos debe tratarse la **Nueva Ley de Educación Superior**. Por ello proponemos la creación de mecanismos participativos a nivel nacional para que este proyecto se discuta entre toda la comunidad universitaria y la sociedad en general a fin de incorporar las voces de las mayorías nacionales.

Para el Movimiento Estudiantil: El mismo requiere reconstituirse sobre la base de estos principios. En el marco de la coherencia y el respeto por la pluralidad debe de forma inmediata caminar hacia la **normalización de todas las federaciones**. Lo cual debe hacerse con un espíritu democratizante y con la convicción de que la participación de todos será la clave de su resurgimiento que le permitirá encarar el centenario de la Reforma organizado y cargado de contenido y vida. Al igual que la Universidad, debe crear **instancias más próximas de participación** directa y semidirecta de los estudiantes en la toma de decisiones de la organización. Y sobre esta base es que la FUA y todas las federaciones deben discutir proyectos de universidad y de país con compromiso y participación generalizada y amplia. Al mismo tiempo, la proximidad de las diferentes regiones y la unidad en todo el país debe ser reconstruida a través de instancias de proximidad y contacto. Los **encuentros nacionales por carreras** son una iniciativa que parece estar sólo en la historia pero es el momento de reconstruirlas.

Este es el desafío, hacia el centenario de la Reforma. La construcción de un proyecto alternativo de bases nacionales y con proyección latinoamericana es nuestra esperanza. El diálogo y la generación de acuerdos respetando las diferentes concepciones deben ser el camino para la construcción de un verdadero proyecto progresista, nacional y popular, en pos del beneficio de las grandes mayorías nacionales.

**Movimiento Nacional Reformista
Mesa Nacional.**